

DIANNA LOVE y

SHERRILYN KENYON

EL FANTASMA DE LA NOCHE



TERCIOPELO | PARANORMAL

El fantasma de la noche

Sherrilyn Kenyon
y Dianna Love

Traducción de Scheherezade Surià



Título original: *Phantom in the Night*
Copyright © 2008 by Sherrilyn Kenyon
Published by arrangement with the original publisher,
Pocket Books, a Division of Simon & Schuster, Inc.

Primera edición: marzo de 2009

© de la traducción: Scheherezade Surià
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
info@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.617-11-1
Depósito legal: M. 1.859-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Se lo dedicamos a nuestros maravillosos maridos
—Ken (de Sherrilyn) y Karl (de Dianna)—
porque son unos héroes de verdad y,
además, nos dieron sustento.

Prólogo

«Un sitio extremadamente peligroso en el que quedarse sin tierra.»

El hedor espantoso en ese túnel excavado a mano ahogaba la respiración del sargento Nathan Drake. Odiaba las cuevas.

Sólo había una entrada... y una única salida.

Levantó una mano para indicarle a su compañero de equipo, el capitán Vic Stoner, que le seguía a unos cuatro metros, que se detuviera. Como era habitual en esas operaciones especiales, Nathan encabezaba la expedición y Stoner le cubría las espaldas.

Esta cueva era más prometedora que cualquier otro sitio que hubieran investigado en los últimos once meses peinando la selva Chapare de Bolivia. Había multitud de cajas de armas, abiertas y sin abrir, apiladas junto a lanzamisiles de mano y granadas suficientes para dejar una aldea hecha pedazos. Eran los ingredientes necesarios para un cuarto de juegos para terroristas pero no bastaban para designarlo amenaza de Nivel 5 —o arma biológica—, que era para lo que el equipo de Nathan había sido enviado a inspeccionar. Este alijo debía de pertenecer a un grupo de rebeldes descontentos con la política sudamericana o bien a un narcotraficante.

En ese caso, Nathan estaba dispuesto a largarse de allí lo antes posible y regresar a la base. Pero había algo que le preocupaba.

¿Qué maldito cabrón de mierda había traído a mujeres a ese sitio para torturarlas y asesinarlas?

Hasta el momento habían encontrado ocho esqueletos, en posturas obscenas y rodeados de charcos de sangre seca, en los túneles oscuros y lúgubres que habían registrado.

Todo eran callejones sin salida.

Y no habían encontrado nada que relacionara estos asesinatos espantosos con las muertes en una pequeña aldea a unos sesenta y cinco kilómetros al este de allí. Hombres, mujeres y niños; habían destruido el pueblo entero sin dejar marca de ningún arma en los cadáveres. Los forenses que acudieron de varias naciones aliadas concluyeron que las muertes no eran resultado de una guerra biológica sino de un virus mortal de origen desconocido. Un virus que desaparecía sin dejar huellas residuales, algo que parecía la definición exacta de guerra biológica.

Ese incidente sin explicación había causado incomodidad entre los departamentos de seguridad nacional de varios países. Y motivó esta operación encubierta.

Incluso ahora Nathan seguía viendo a las víctimas que habían encontrado hacía tres semanas en la aldea: la piel grisácea agrietada y sangre en los cadáveres que yacían retorcidos en la agonía previa a la muerte. La mirada atormentada de los niños, perdida en una confusión desesperada, y las marcas de las uñas clavadas en la piel.

El recuerdo de por qué juró defender y proteger a la población.

Y por qué estaba atrapado en el fondo de esa maldita cueva.

Nathan se dio la vuelta para estudiar la única ruta de salida, teñida de verde a través de sus monóculos plegables de visión nocturna PVS-14.

Stoner estaba listo, con la M-4 del ejército equipada con un silenciador marca Knight Armament. Su ametralladora corta parecía un juguete en comparación con el chaleco táctico militar cargado de municiones que le cubría el musculoso torso. Según decía Stoner, tres años de trabajo en una plataforma de perforación submarina antes de alistarse habían transformado lo que hasta entonces había sido un cuerpo escuálido. Ahora mismo era de todo menos invisible, con una piel morena que contrastaba con su sonrisa blanca de donjuán cuando hacía uso de ella. Nathan y Stoner eran tan parecidos en cuanto a tamaño, que quien no les conociera no sabría distinguirlos cuando iban vestidos de camuflaje.

Incluso en cuanto al lenguaje corporal.

La postura informal de Stoner mentía descaradamente por-

que ese hombre no estaba nada relajado cuando se hallaba en una misión.

Nathan levantó la barbilla; un gesto que significaba: «¿Listos?».

Stoner señaló la salida con la cabeza. Era su señal para: «Todo despejado: vámonos».

Nathan pasó por su lado en silencio, atento a cualquier cambio en ese estrecho pasaje que podía abarcar de lado a lado con sólo extender los brazos. La oscuridad afinaba sus sentidos. Como objetivo, proteger a los miembros de su equipo estaba por encima de todo. Más que un trabajo, consideraba que desde su posición en el ejército podía influir y, al mismo tiempo, ayudar a su madre y a su hermano enviando dinero. No necesitaba mucho para vivir; le bastaba con lo que llevara en la mochila durante una misión. Su familia, en casa, y el equipo con el que luchaba eran lo único que le importaba.

«La avaricia es tu peor enemigo, hijo. Centra tus energías en lo que importa de verdad, en la gente que quieres». Su padre le había dejado ese legado antes de morir, cuando Nathan apenas tenía ocho años. Igual que su progenitor, creía firmemente en eso.

Dio con el pie contra algo que hizo un clic.

«Mierda». Nathan se quedó inmóvil y contuvo la respiración. Ya habían examinado el suelo en busca de cables. No deberían haber pasado éste por alto. La sangre se agolpaba en sus oídos. Los atroces segundos pasaban lentamente mientras esperaba salir volando en pedazos. Se quedó de pie, firme. Resistiría lo más fuerte de la explosión si así podía salvar a Stoner.

El sudor se le deslizaba por debajo de la gorra de camuflaje hacia la espalda...

No pasó nada. Si hubiera accionado una bomba trampa, ahora mismo ya estaría muerto. Tragó saliva, cogió aire, viciado por el hedor de la carne putrefacta, y bajó la vista hacia el suelo. No había tropezado con un cable, sino con los huesos podridos de un pie que conectaba con una pierna a su derecha.

En la oscuridad vio los retales de piel seca adheridos a un esqueleto tumbado sobre un montón medio desmoronado. Como los otros cadáveres que encontraron en la cueva. ¿Un asesino en serie? Eran adultos jóvenes con una delicada estructura ósea y

parcialmente vestidos... si es que llevaban ropa. Había algunos vestidos hechos jirones desperdigados por ahí, algunos se usaban como trapos.

Eran muchachas. Todas con el pelo largo y negro, como su madre solía llevarlo hacía mucho tiempo. Había perdido el hilo cuando un rayo láser verde bailó sobre la pierna fracturada del esqueleto.

Levantó la vista. Stoner le miró con el ojo que no le cubría el monóculo y se llevó dos dedos a los ojos para decirle que sólo estaban allí para observar.

Nathan no había olvidado esa directriz. Al equipo de cuatro hombres le habían dado unas órdenes específicas. Esta era una misión de reconocimiento y de recogida de información, nada más. ¿El objetivo? Determinar la validez de los informes que hablaban de maniobras terroristas en la zona.

Bajo ninguna circunstancia debían entrar en conflicto.

En otras palabras: «No matéis a nadie. No dejéis ADN. Completad la tarea sin ser detectados. Mover el culo hasta casa y llegad intactos». Mensaje recibido.

Asintió a Stoner y, con cuidado, se dirigió hasta la cámara del alijo de armas que había entre donde se encontraban ellos y el punto de salida de la gruta. Cuando llegaron a un espacio abierto, Stoner se adelantó y dejó el arma colgando de la cuerda sujeta a su chaleco para dejar libres las manos. Extrajo una cámara en forma de bolígrafo, que también llevaba integrado un cartucho de tinta, y empezó a fotografiarlo todo.

Cubriendo las espaldas de Stoner, Nathan estudió ese espacio y aguzó el oído por si alguien se acercaba. Pulaski y Duran estaban fuera vigilando la entrada, pero permanecían escondidos y sólo actuarían en caso de que fuera necesario.

Nathan examinó cada centímetro de la galería, de unos nueve metros de diámetro y de casi dos metros de altura, ya que podía estar de pie sin miedo a golpearse la cabeza. Había una caja grande a un lado de la sala con unas cuerdas clavadas en las dos esquinas, que estaban tiradas despreocupadamente en el suelo sucio.

Sintió una sensación de peligro que le puso tenso el cuello. Con todas esas armas ahí almacenadas, ¿dónde estaba el vigilante? Nadie dejaría este arsenal sin vigilancia.

A menos que fuera alguien extremadamente engreído o muy estúpido.

Miró hacia la izquierda, donde el cuerpo menos putrefacto estaba apoyado de una forma obscena en una pared: era una muerte reciente. Tenía las piernas muy separadas, un brazo doblado en un ángulo antinatural y le quedaba la piel suficiente para ver lo grotesco de su tortura.

Su ira fue en aumento y esa visión le puso enfermo. Agarró el arma con más fuerza. ¿Es que todos estos cadáveres no eran más que mujeres desafortunadas en el lugar equivocado en el momento más inoportuno? ¿Prostitutas? Daba lo mismo. Eran las hermanas, esposas e incluso madres de alguien; ninguna mujer merecía que la violaran, torturaran y asesinaran. Quienquiera que hubiera hecho esto merecía un buen castigo.

—Tres tangos se dirigen a la cueva —oyó Nathan por el auricular.

El grito desgarrado de una mujer le llegó a los oídos antes de que el ruido de las botas sobre la gravilla hiciera eco en la entrada de la cueva.

Stoner llevaba unos auriculares idénticos. En un instante se colocó junto a Nathan, con la cámara guardada y el arma en ristre. Ya no había nada informal en su postura.

Nathan le hizo una seña a Stoner que quería decir: «Muévete hacia la izquierda del túnel, cerca del túnel sin salida y yo iré a la derecha». Se fundieron en la cavidad oscura y desaparecieron de la vista. La piel le hormigueaba en señal de peligro.

Los cabrones se les acercaron caminando despreocupadamente; desde luego, desconocían el concepto de sigilo. Unas escuetas voces masculinas discutían chapurreando en español.

Nathan entendió lo suficiente para saber que discutían sobre a quién le tocaba primero y que no querían que muriera antes de que los dos tuvieran su oportunidad. Los lastimeros sollozos de la mujer se intercalaban con súplicas de piedad. La cueva se llenó de un terror inmundado cuando los hombres entraron a la zona destinada al almacenamiento de armas.

Nathan sujetó la suya más fuerte aún. Tuvo que contener las ganas de poner a esos dos en órbita.

«Solamente observa. No te entrometas.» Con el dedo acarició el gatillo.

Roñosos y de piel oscura, los dos hombres emergieron de la abertura con botas de agua y chalecos tácticos. El primero no le llegaba a Nathan al hombro. Farfullaba insultos entre caladas e iluminó el camino con su linterna para que su secuaz pudiera ver. El más alto de los dos llevaba un rifle Galil automático y apuntaba a la mujer —tango número tres— que arrastraba por el pelo. Tenía que ser el líder de esa pareja de desviados pero éste tenía el músculo suficiente para que enzarzarse en una pelea valiera la pena.

Las piedrecitas salían volando por las patadas que daba la muchacha. No debía de tener veinte años siquiera. Era hermosa, salvo por los feos moratones que tenía en el rostro y los brazos. Le sangraban el labio y la nariz. Luchaba contra aquel gorila con todas las fuerzas que le permitía su pequeño cuerpo.

Nathan se subió el monóculo hasta la frente y miró a Stoner, que también había levantado el suyo y movió un dedo para decirle que estaban en sintonía. Esa confianza ciega era algo que Nathan sólo había compartido con su hermano hasta que conoció a Stoner.

La mujer chillaba con tanta fuerza que hacía temblar a los muertos de miedo y, de nuevo, atrajo la atención de Nathan hacia ella. Se le hizo un nudo en el estómago.

Con el arma a un lado, el matón principal tumbó a la chica en el suelo y le ató los brazos sobre la cabeza con las cuerdas clavadas en la caja. El bajito había tirado el cigarrillo e intentaba sujetarle las piernas que ella movía sin cesar.

Tenían que hacer algo en silencio. Nathan dejó que le colgara el arma del mosquetón en el chaleco, pero a poca distancia para poder usarla si era menester.

—Date prisa. ¡No voy a estar toda la vida esperando! —le farfulló gritando el pequeñajo al líder. Le apartó una pierna con la bota y se metió la mano dentro de los pantalones, empezando la tortura sin esperar a su secuaz.

El líder cayó de rodillas entre las extremidades arañadas y ensangrentadas de la mujer. Le apartó tanto las piernas que ella se sacudía y gritaba de dolor. Sus plegarias desgarraban el silencio, suplicando una intervención divina. Su atacante se bajó los pantalones todo lo que dieron de sí y se agarró el pene, sacudiéndoselo en la cara.

—Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad —se jactó, y luego se sacó un cuchillo afilado de una funda de piel que colgaba del cinturón—. Pero primero tendrás que suplicarme.

Nathan se movió tan silenciosamente como una sombra mortal.

La mujer gemía tan fuerte que los dos hombres no hubieran oído acercarse ni a un batallón entero. Sin ser visto, se les acercó por la espalda, le tapó la boca al bajito y le partió el cuello de un movimiento, luego dejó en el suelo el cuerpo inmóvil. Se dejó llevar por sus inmensas ganas de castigarlos, le cubrió la boca al líder y le echó la cabeza atrás con fuerza.

—Quéee... —Por un acto reflejo, el tango sacó el cuchillo.

Nathan lo agarró por la muñeca. El horror de lo que le iba a suceder al violador se reflejó en su cara de cerdo un segundo antes de que le clavara la afilada hoja en el pulmón. El líquido caliente le chorreó por la mano y el aire se llenó de ese olor metálico a sangre fresca. Los gritos histéricos de la muchacha medio desnuda se mezclaron con la imagen de los cadáveres en descomposición, esparcidos por la cueva como si fueran basura, y su rabia aumentó. Ese maldito cabrón no merecía morir tan fácilmente. Nathan retorció el cuchillo y notó el metal rozando sus costillas.

¿Y qué era una imagen horrorosa más en este surtido de pesadillas?

Un ruido gutural salió de los pulmones del hombre antes de dar una sacudida y luego dejó de forcejear. Con el último aliento expelió sus fluidos corporales. Nathan se deshizo del cadáver, tiró del cuchillo y lo usó para cortar las cuerdas que ataban a la chica.

Había aplacado al fin su sentido de la justicia. Era una pequeña victoria; ninguna otra mujer sufriría y moriría por la sucia lujuria de ese hombre.

Debía irse ahora mientras ella seguía en pleno estado de conmoción.

Pero no podía dejarla así igual que no podía dejar que la violaran y asesinaran.

Stoner apareció a su lado.

Nathan le habló a la muchacha en español, haciéndola callar con tacto y diciéndole que estaba a salvo, que podía irse a casa.

Al final se calló y se le quedó mirando como si fuera a la vez ángel y demonio.

—No se lo contaremos a nadie —le dijo.

Sus ojos asustados asimilaban todo lo que la rodeaba y luego le miró a la cara, que seguía pintada con pintura de camuflaje. Su mirada aterrada se posó en la mano que le chorreaba de sangre. Empezó a sacudir la cabeza, gimoteando y echándose hacia atrás.

—Vete. No digas nada. No vayas a ningún sitio sola. —Cuando le tendió la mano para ayudarla, ella retrocedió y se puso de pie con dificultad. Stoner encendió la linterna incorporada en su arma y le iluminó el camino para salir de la cueva.

No necesitó que le dijeran nada más. Nathan la siguió hacia fuera pero había desaparecido entre el espeso follaje más rápido que un conejo al ver un lobo hambriento.

Cuando Pulanski y Duran salieron de sus posiciones ocultas, Nathan se pasó el pulgar por el cuello para contarles a los otros dos lo que les había pasado a los tangos. Entonces les indicó en silencio a los demás que le siguieran y tomó la delantera de nuevo. Stoner tenía ya un buen montón de fotos y quedarse más tiempo por ahí a esas alturas sería una mala idea. La excursión había sido una pifia, salvo por haber liberado a esa mujer.

La luz de la luna se derramaba a través de los árboles y les iluminaba la vuelta al campamento. Nathan tragó bocanadas enteras de aire fresco para limpiar los residuos de muerte de los pulmones; estaba tremendamente aliviado por salir de ese sepulcro impío. Marcó el ritmo durante los cinco kilómetros siguientes. Los del equipo le seguían tan callados como fantasmas hasta alcanzar su base temporal, que estaba escondida.

Pensar qué hubiera pasado de haber tomado y ejecutado una decisión diferente era desperdiciar energía. Lo que estaba hecho, hecho estaba. Pero a Nathan le costaba acallar esa voz en su interior que le acusaba de poner en peligro la seguridad de su equipo por una sola persona. De buena gana los hubiera enviado de vuelta al campamento para ocuparse de los tangos solo de haber existido otra manera de hacerlo.

¡Como si Stoner y los otros dos le hubieran escuchado!

—Por mí, lo que ha sucedido está bien —dijo Stoner en cuento entraron al claro.

Nathan se dio la vuelta y miró a sus tres compañeros. Después de todo este tiempo, el apoyo incondicional de Stoner seguía sorprendiéndole y haciéndole sentir humilde, pero ¿y los demás? Esperó que condenaran sus actos, dispuesto a aceptar su deber.

—Sips —dijo Duran con su ronca voz tejana—. En casa hubiéramos cortado en filetes a ese cabronazo, empezando por las pelotas y terminando por los cojones.

Pulaski hizo una mueca.

—Oye, D, odio tener que decírtelo, pero son lo mismo.

—No, de la manera como lo hacemos nosotros no. Mira, coges la parrilla...

—No más historias de parrillas —dijeron Stoner y Nathan a la vez.

Nathan nunca había estado en Tejas y, viendo las cosas horrosas que Duran decía que asaban, tampoco tenía ganas de ir. Las comidas que había oído le recordaban demasiado al estofado de carne que su abuela cocinaba en vida.

La regla número uno era: nunca preguntar a la abuela lo que le había echado al estofado. Sobre todo antes de comerlo.

Se dio cuenta de que los compañeros le estaban dando el visto bueno a lo que había ocurrido y ninguno diría nada de los asesinatos cuando se marcharan. Les debía esa unión que le manifestaban y deseó saber decirles lo mucho que significaba su apoyo. Pero en cuestión de hablar de sentimientos, era un hombre simple.

—Gracias.

Duran se dirigió a Pulaski y Stoner.

—Yo me voy. —Lo que significaba que iba a conectar los cables y alambres de disparo y asegurar su sección alrededor del campamento—. Podríamos dejar que Drake se ocupara de las labores de cocina hoy. —Sonrió y se alejó.

Pulaski gruñó y se fue en dirección contraria.

Stoner no se movió.

—¿Qué te preocupa?

Nathan se quitó los auriculares y se rascó la cabeza.

—Mi obligación es no ponerlos en peligro.

—¿En peligro? ¡Joder! Pero si nos alistamos voluntariamente. —Stoner sonrió—. ¿Sabes? Esto me recuerda aquella vez en Manila...

—Dejemos Manila en Manila... —Su tono era algo hosco; las pesadillas debían permanecer en la oscuridad.

Stoner asintió.

—Bien, como quieras. Pero si la gente supiera a lo que tenemos que hacer frente y lo que has tenido que hacer en estas operaciones, tendrías el pecho lleno de medallas.

Como si las insignias significaran algo para él. No vestirían ni darían de comer a su familia.

—No quiero medallas. Quiero...

Nathan dudó. ¿Qué quería? ¿Que le devolvieran los papeles del realistamiento? Ni siquiera eso. Quería quedarse en el ejército, con quien se había comprometido hasta que se terminara el servicio. Pero ahora esa decisión se le antojaba egoísta porque su compromiso con el ejército significaba estar lejos de casa un par de años más mientras su madre le necesitaba más que nunca.

Maldita sea.

—Ya lo arreglaremos. —Los tranquilos ojos marrones de Stoner reflejaban empatía. Él estuvo a su lado cuando llegó esa llamada de Nueva Orleans unas pocas horas antes de que el avión despegara.

Recogió un montón de ramas de palmera y las dejó a un lado, maldiciéndose a sí mismo por milésima vez. Pensó que este plan era seguro, la mejor manera de ayudar a su madre y a su hermano. Terminar otro periodo de servicio para que su hermano entrara en una buena universidad mientras él utilizaba su certificado del ejército para estudiar. De esa manera, ambos podrían ocuparse de mamá.

Fue demasiado ambicioso al querer ser más que un simple mecánico toda la vida. Al querer un futuro donde poder cuidar a una esposa y tener familia y no estar obligado a vivir de nómina a nómina. Esa vida había sido buena para su padre...

Pero Nathan quería más para las personas a las que amaba. Su madre merecía seguridad y tranquilidad, una vida más fácil. Y él siempre soñó con ayudar a Jamie a entrar en la universidad.

Ahora mismo le daría vueltas a la llave inglesa de buena gana con tal de estar en casa un solo día.

Si todo fuera tan sencillo. Había jurado lealtad a su equipo y sería responsable de esos hombres aunque pudieran arreglar-

selas sin él. También eran sus hermanos. Juró cubrirles las espaldas; el mismo juramento que compartía con su hermano.

—No sé qué decirte para que te sientas mejor. —Stoner no se había movido de su lado; era más tozudo que una mula. Su tono sosegado no se quebrantaba casi nunca. Nathan envidiaba que le corriera freón por las venas incluso en las peores situaciones y se preguntó de dónde lo sacaba... seguro que podría descongelar la tundra ártica—. Es una jodienda que no te enteraras de que tu madre estaba enferma hasta después de realístarte. Mi tía tuvo cáncer de ovarios y le ganó la batalla. Sigue vivita y coleando.

Nathan le escuchó, pero su madre era su madre, y no la tía de otra persona. Era una gran diferencia. Le prometió a su padre el día que lo enterraron que cuidaría de ella. Ahora su madre le necesitaba y ni siquiera estaba en el mismo país.

Con un nudo en el estómago, empezó a descubrir el equipo de campamento que habían escondido bajo unas ramas que habían cortado y amontonado previamente. ¿Cómo diantres iba a pasar los próximos dos años y no estar en Nueva Orleans para ayudar a su madre a luchar por su vida?

Stoner carraspeó, tan tenaz como impertérrito.

—Ejem... No estará sola, Nathan. Tu hermano...

—...es un imbécil de cuidado, a pesar de su coeficiente intelectual. —Nathan lanzó un montón de hojas de palmera—. ¿Cómo puede alguien tan brillante tener tan poco sentido común?

—De acuerdo, es una especie de profesor despistado...

—El despiste no te mete en problemas. —Levantó una mano para que Stoner no siguiera defendiendo a su hermano—. No lo entiendes. Jamie era introvertido en el instituto y le costaba hacer amigos, sobre todo con los chicos que pensaban que era un sabelotodo porque sobresalía en las clases. Así que cuando dos gilipollas acudieron a él para que les arreglara un coche, pensó que se lo estaban pidiendo como amigos. Él nunca se preguntó porqué la bobina de encendido estaba manipulada; estaba contento porque podría demostrar que era más que un lumbrera.

Nathan levantó las hamacas y las dejó a un lado; luego empezó a desempaquetar las comidas preparadas mientras seguía hablando.

—Le arrestaron por ayudar y ser cómplice de ladrones de coches. Mamá y yo tardamos tres días en poder sacarle.

—Cometió un error, Nate.

—Ya lo sé. —Se arrepintió de gruñirle a Stoner en cuanto le salieron las palabras. Se secó el sudor sucio del bigote y deseó que fuera tan fácil limpiar también ese recuerdo que le hacía estar tan pendiente de su hermano para protegerle—. Tras sacarle de la cárcel estuvo meses sin hablar. Nadie le hizo daño allí dentro, pero se encerró en sí mismo. Incluso pasó de mí un tiempo. Cuando conseguí que se abriera un poco, era una persona diferente. Había cambiado. Estaba decidido a demostrar que no era tonto. Verle intentar ser alguien distinto es mucho peor que antes. Cada vez que me doy la vuelta, le han enredado en algún plan de esos para hacerse rico rápidamente que se va a pique a los dos días. El fracaso le saca de sus casillas. Y yo le digo que busque un trabajo decente, que pronto conseguiremos que entre en la universidad.

—Hará lo que es debido para ayudar a tu madre.

—Sí... no. —Sacudió la cabeza—. Ese es el problema. Creo que se lleva algo entre manos y me lo está ocultando.

—¿Algo como qué?

—Ojalá lo supiera. Sólo tengo la sensación de que quiere demostrar que puede arreglárselas sin mí. No sé... Quizá es un trabajo nuevo y no quiere decírmelo hasta que funcione, pero mamá no podrá mejorar si también tiene que preocuparse de él.

—Quizá te sorprenda y sienta la cabeza ahora que ella le necesita.

Nathan tiró del pañuelo que llevaba en el cuello y se secó la frente con él. Se metió la tela empapada dentro de la cinturilla de los pantalones y miró a Stoner.

—Jamie es un hombre decente, pero no tiene ni idea del mundo real. Si no hubiera sido tan cabezón cuando me llamó la última vez, hubiera averiguado lo que le sucedía y hubiera podido hacer algún plan para los dos. Pero en su lugar, me enfadé como un idiota y le grité por dejar que la aseguradora le dijera que algunas de las medicinas de mamá no las cubría el seguro. —Mamá le había asegurado a Nathan que estaba bien y trató de parecer convincente, pero sabía que estaba aterrada.

¿Cuándo iba a aprender a no dejar que su rabia hablara por él?

—Date un respiro, hombre. Recibiste esa llamada mientras hacías las maletas para este operativo. No tuviste mucho tiempo para reaccionar.

—No es excusa para una falta de disciplina. —Las palabras de su padre le resonaban en la cabeza. Había esperado más de su hijo mayor—. No soy civil. No debería estallar. Tendría que haberme calmado y hablado con Jamie cuando tuve la oportunidad, antes de terminar en algún lugar desde donde no pueda llamarle. Es mi trabajo asegurarme de que ambos estarán bien mientras yo estoy fuera... o si muero.

—Sí, claro —resopló Stoner—. O eres demasiado malvado para matar o esa maldita moneda tuya tiene magia negra. No olvides que me prometiste que será mía cuando estires la pata. Te juro que tienes más vidas que un gato y una de ellas ya te la salvó ese pedazo de metal. Es una lástima que vaya contra las normas llevar esa cosa contigo. Podríamos usar algo de magia de vez en cuando.

Stoner intentaba ayudarlo porque era el oficial de grado superior y un buen hombre. No pretendía echarle una palada de culpabilidad encima cuando le mencionó esa moneda. Era del tamaño de un dólar de plata, estaba hecha de latón y llevaba grabado el logotipo de la Tropa de Asalto. Y tenía una abolladura donde una bala pasó rozando la pieza de metal que le salvó la vida. No tenía valor monetario; era un recordatorio de la promesa que le había hecho a su padre.

La mayoría de las personas llevaba fotos encima. Él llevaba una moneda.

—Como ya te dije, es tuya el día que me vaya al otro mundo. —Nathan quería cambiar el tema de su familia y de él mismo. No podía hacer nada acerca de Jamie y mamá hasta que regresara a la base y diera parte. Para eso aún quedaban como mínimo diez días—. Terminaré de deshacer los petates y dejaré listas las hamacas.

Stoner cambió de lado el arma y suspiró.

—Ya se te ocurrirá qué hacer. Nunca te he visto derrotado por nada o por nadie. —Luego miró el reloj y añadió—: Ya tenemos bastante con confirmar que no pasa nada por aquí salvo sadismo. Llamaré para la extracción de mañana. —Y desapareció en la selva.

Nathan preparó el austero campamento antes de sacar el teléfono por satélite de su escondrijo debajo de un tronco en el suelo. Se apoyó en un árbol, lo encendió y comprobó los mensajes recibidos. Dos de la base y uno marcado como reenviado. Sonrió. El trato que había hecho con su colega de comunicaciones le era muy útil ahora. En su última mano de póquer, Nathan había ganado más de lo que su amigo en el departamento de comunicaciones podía pagarle, así que hicieron un trato: reenviarle un mensaje desde su casa cada vez que recibiera uno, sin importar en qué parte del planeta estuviera en ese momento.

Dejó que el arma le colgara sobre el pecho y con una mano accedió al mensaje mientras se rascaba la cabeza con la otra. El pelo lleno de arena se le quedó de punta; lo llevaba más largo de lo permitido en el ejército aunque era aceptable para los equipos clandestinos de inteligencia, que sólo respondían ante las Fuerzas Especiales de la sede. No eran meramente unos equipos entrenados; eran los más preparados del ejército.

Cuando apareció el mensaje, se le encogió el estómago de miedo:

«Nate: Mamá empieza la quimio esta semana. De momento todo va bien. Cuídate. *Laissez les bons temps rouler*. J.»

Laissez les bons temps rouler. Dejad que los buenos momentos duren.

Nathan se quedó helado al releer esa frase, con el corazón palpitando con fuerza al entender el verdadero significado detrás del código de la infancia entre Jamie y él.

El día que Nathan se enfrentó a cuatro chicos de una banda que trataban de partirle la cara a su hermano, Jamie empezó a gritarles que no sobrevivirían a la paliza. Nathan le dijo tranquilamente que se apartara. Cuando los cuatro chicos se acercaron, Nathan sonrió y les dijo: «*Laissez les bons temps rouler*». Les dio una buena paliza y los envió a casa con mamá, llorando como una nena a la que le han roto una muñeca. Después, esa frase se convirtió en un código entre ambos cuando Jamie se había metido en un buen apuro.

Nathan buscó una unidad de encriptado de contrabando que

había obtenido de una empresa en Bahrain y la enchufó a un puerto del teléfono por satélite. Siendo realista, la Agencia de Seguridad Nacional podía escuchar la llamada, pero la probabilidad era remota puesto que este equipo no estaba fabricado en Estados Unidos. Marcó el número de móvil de Jamie y recibió contestación al segundo tono.

—¿Hola? —La voz baja y asustada de su hermano le advirtió que iba a escuchar malas noticias.

—Soy yo.

—Nate, tengo un problema. Un problema muy gordo.

Nathan empezó a regañarle pero se contuvo antes de soltar toda la rabia. ¿Cuánto dinero haría falta para arreglarlo esta vez? ¿Acaso Jamie no se daba cuenta de que necesitaban cada penique que pudieran ahorrar para su madre?

—¿Qué has hecho? —preguntó él con la voz tensa. Un tono más relajado era demasiado esperar.

—Nada, te lo juro. Me tendieron una trampa. Los de Marseaux me metieron en una redada, pero yo no tenía nada que ver. Te lo juro, yo...

—¡Jamie! —No podía ser Marseaux, el jefe del clan criminal más importante de Nueva Orleans. Apoyó la cabeza en el tronco del árbol, puso la mano sobre el arma y cerró los ojos por primera vez en dos días—. ¿Qué cojones...?

—Acudí a uno de esos prestamistas usureros pero no sabía que pertenecían a la red de Marseaux. Necesitábamos dinero. Vi un anuncio y pensé en pedir un préstamo hasta que pudiéramos encontrar una solución mejor. Lo siento, Nate, pero tú no estabas. Intentaba arreglarlo. Quería que mamá y tú os sintierais orgullosos.

—¿Y qué sucedió?

—Terminé en medio de una redada. Antes de tener la oportunidad de hablar con un abogado, la gente de Marseaux ya estaba haciendo tratos y señalándome con el dedo.

Esto no podía estar pasando.

— ¡Esto es increíble, joder! ¿Y cómo pinta el tema?

—Ahora mismo estamos en juicio porque el cabrón del fiscal del distrito lo ha tramitado por la vía rápida. Me han asignado un abogado de oficio que no puede ser más inútil. Me dice que no puedo ganar, que me van a condenar pase lo que pase.

—La voz de Jamie se apagó con sus últimas palabras—. Yo sólo fui a buscar dinero para mamá.

—No le eches la culpa al cáncer de mamá. Si usaras la cabeza de vez en cuando y no confiaras en cualquiera que te ofrece dinero rápido, no te joderían vivo. Cada mes envío bastante dinero para los dos. —Nathan se levantó de un salto y golpeó el suelo—. Podría haber enviado más.

—No lo entiendes, Nate —gritó su hermano—. No estás aquí. El ayuntamiento ha declarado esta zona en ruina y tenemos que mudarnos. Van a derribar las casas. Mamá recibió algo de dinero del Estado pero no lo suficiente para encontrar un lugar decente. Supuse que si consiguiéramos más dinero, podríamos mudarnos y establecernos en algún sitio antes de que empezara a empeorar. Nunca sé cuándo vamos a tener noticias tuyas, joder.

Nathan no se lo podía creer. Había estado guardando dinero en caso de que hubiera alguna emergencia en casa y ya se lo habría enviado de no ser porque temía que Jamie despilfarrara sus ahorros en algún chanchullo.

Esto era una emergencia de todas todas, pero dudaba de que el dinero que tenía le salvara el culo a Jamie. Cada latido del corazón era como un toque de difuntos; un aviso de las consecuencias directas que le esperaban a su familia. ¿Qué carajo iba a hacer para mantenerlos a salvo ahora?

¿Quién estaría con su madre mientras pasaba por ese infierno?

—Me van a enchironar, Nate. Puede que sean dos años —susurró—. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué haremos con mamá?

Nathan se cubrió los ojos con la mano, pero eso no borraba las terribles imágenes que le pasaban por la cabeza. Su hermano quedaría comatoso de por vida si es que sobrevivía a la cárcel, cosa que dudaba seriamente. Su madre no podría aguantar la quimio sin ayuda. Su familia era despreciable y nunca había movido ni un solo dedo por ella o por sus hijos. Y por parte de padre no tenían familia.

El pulso le latía con fuerza con cada nueva preocupación. Rezaba por un milagro, pero vio que tendría que crearlo él mismo o su madre y su hermano sufrirían. Una por falta de tratamiento y el otro por falta de sentido común.

Apoyó la cabeza en el árbol, pensando, buscando una idea

mejor que la que se le había ocurrido inmediatamente. Pero la asquerosa verdad era que no tenía elección. Aceptó lo que tenía que hacer por su familia.

Era una mierda pero la vida era así.

—Escúchame. —Respiró hondo antes de proseguir. La decisión estaba tomada—. Si consigo sacarte de la cárcel, tienes que prometerme que te mantendrás alejado de cualquiera que huela siquiera a sinvergüenza, criminal o algo por el estilo.

—El abogado dice que no puedo ganar, que...

—Me importa una mierda lo que diga. Te sacaré de ésta, pero tienes que prometerme que usarás la cabeza y buscarás un trabajo de verdad, nada de tratos o chorradas. Cuida a mamá por mí. Prométemelo.

—Juro que lo haré, ya lo sabes. Haría lo que fuera por ti y por mamá. ¿Crees de verdad que puedes arreglarlo? —El alivio de su hermano se hizo patente al otro lado de la línea—. Sólo tengo una semana antes de que el abogado diga que el juicio ha terminado. Haré lo que me digas... sólo dime qué tengo que hacer, Nate.

«Encuentra la manera de volver atrás en el tiempo para que pueda enviarte el dinero antes de que acudas al prestamista de Marseaux.»

Pero recurrir a eso era como perder los nervios y nada de eso solucionaría el embrollo en el que estaba metido Jamie.

—Quédate quieto hasta que te llame mañana. No le digas a nadie que has hablado conmigo, ni siquiera a mamá. ¿De acuerdo?

—Sí, ¿pero qué vas a hacer?

—Te lo diré mañana... —Se frotó los ojos, asqueado por lo que tendría que hacer—. Ahora tengo que irme, pero haré todo lo posible para evitar que vayas a la cárcel, así que será mejor que cumplas tu parte del trato ahora mismo.

—Lo haré. —Se quedó callado un momento y suspiró—. Gracias, Nate. Lo siento mucho. Sólo quería cuidar de mamá y ya sabes que no tomo drogas.

Nathan suspiró profundamente.

—Lo sé, tío. Saldremos de ésta. —Su hermano no tomaba más que aspirinas o una cerveza desde aquella primera vez que bebió tanto y se pasó el día siguiente vomitando hasta la pri-

mera papilla. Nathan terminó la llamada y se quedó mirando el cielo estrellado. Las palabras de su padre le resonaban al oído desde que él le enseñara la moneda después de que a Jamie le apalearan en la escuela.

—Necesito que me hagas una promesa, hijo. —La voz de su padre era tensa, como si odiara pasarle esa carga a un niño.

Nathan asintió y su padre continuó:

—La promesa de un hombre vale más que todo el dinero del mundo. Nunca rompas las tuyas.

Cuando Nathan volvió a asentir, su padre le enseñó la moneda de sus días en las Fuerzas Especiales.

—Quiero que la tengas tú, pero conlleva unas responsabilidades. Tu hermano nunca va a ser tan fuerte o avispado como tú, así que quiero que me prometas que siempre cuidarás de él.

—Lo haré, papá, ya lo sabes, Jamie y yo para siempre. —Nathan levantó la mano con la palma hacia arriba para aceptar la moneda que había guardado como un tesoro. Eso fue un mes antes de que su padre, un corredor de ARCA, se matara en una espantosa colisión. A los ocho años, Nathan nunca se imaginó lo que ahora tenía que hacer para cumplir la promesa que le hizo a su padre.

Para cumplir la promesa que le hizo también a su hermano.

Se levantó y se alejó del árbol, desenchufó la unidad de encriptado y la guardó. Entonces, pidió el punto de extracción predeterminado para el viernes. Cuando terminó, dejó el teléfono sobre la hamaca de Stoner, en el suelo y aún doblada. Cuando Nathan dejó su macuto bien cerrado, se sacó del cinturón una bolsita verde del tamaño de una baraja de cartas que contenía una luz estroboscópica de emergencia. Desató la bolsita y abrió un bolsillito secreto y extrajo la moneda que siempre llevaba encima.

La misión había terminado y su equipo saldría mañana.

Nathan miró la moneda una vez más y luego la puso sobre el petate, tal como prometió que haría cuando se fuera al otro barrio. Stoner entendería ese mensaje tan simple.

Por lo que se refería al resto del mundo, Nathan estaba muerto.

Dio dos pasos y desapareció en la noche.